

XENOFOBIA EXTENDIDA



ANTONIO VÉLEZ

LA XENOFOBIA ES UN DEFECTO humano, quizás un pecado original (traído al nacer), un residuo zoológico de épocas remotas, que la educación y las experiencias vividas ayudan a desarrollar y modelar. No está manejada por el cerebro, sino por el corazón, esto es, no obedece a la razón, sino a la emoción. En nuestros primos animales más cercanos, los gorilas y chimpancés, la xenofobia se manifiesta como rechazo a congéneres de otros grupos, y dentro de la misma familia expresan rechazo por los albinos, que llegan a ser atacados por sus propios compañeros.

La xenofobia se caracteriza por aversión, abuso, rechazo y hostilidad hacia los foráneos, es decir, hacia los que son diferentes. Es un elemento de desunión, con manifestaciones que pueden ir desde el desprecio y las amenazas, hasta las agresiones y el asesinato. Una de sus expresiones más comunes es el racismo: al que

La xenofobia se caracteriza por aversión, abuso, rechazo y hostilidad hacia los foráneos, es decir, hacia los que son diferentes.

Es un elemento de desunión, con manifestaciones que pueden ir desde el desprecio y las amenazas, hasta las agresiones y el asesinato.

pertenece a otra etnia se lo considera de menor categoría o peligroso. Por estar tan arraigado este pecado en nuestra dotación psicológica, la integración con el foráneo es un asunto lento, que requiere, amén de políticas muy bien diseñadas, el paso de muchas generaciones.

Podría hablarse de *xenofobia extendida*, un rechazo a lo extranjero, a lo raro, a lo escaso, a lo distinto. La sociedad rebaja a un sujeto sin que haya una justa razón para ello. Castiga a los gordos, a los deformes, a los homosexuales, a los albinos, a los negros, a los indígenas, a los tartamudos... En muchas sociedades se discrimina al de baja estatura. Y ser muy bajito, es decir, enano, te desvaloriza del todo, salvo si te contratan en un circo, para diversión del público. Dicen que en Estados Unidos las personas más altas ganan mejores salarios: se calcula que los “grandes” ganan 800 dólares mensuales más de salario que los “pequeños”. Esto explica por qué la lucha por parecer más altos: plataformas y tacones altísimos, incómodos, hasta peligrosos, peinados sobresalientes... No olvidemos que Kim Jong-un, el líder norcoreano, usa tacones especiales para aparecer más alto, lo que, sumado al evidente sobrepeso, le ha causado fracturas en los dos tobillos. Pero, le ha producido recompensas.

Y no es solo la estatura: son numerosos los motivos de rechazo, estigmatización o desvalorización social. Oigamos esta copla sacada del *Martín Fierro*, obra del gaucho José Hernández: “A los blancos hizo Dios, a los mulatos San Pedro,

a los negros hizo el diablo, para tizón del infierno”. Y es que a los negros se los ha discriminado en todos los países de blancos, no muy lejos de lo que dice la copla, y se ha llegado al extremo de comprarlos y venderlos como esclavos. Han sido tratados como una mercancía relativamente barata, pero fuerte y resistente a las inclemencias del tiempo y a los sudores del trabajo. De los esclavos negros, sus dueños, para aquietar los reatos de conciencia, aseguraban que no tenían alma, que no pertenecían a la especie humana, así que podían maltratarlos como si fuesen animales.

Bertrand Russell preguntaba: ¿por qué a una persona que cree ser un huevo cocido lo meten en el manicomio? Y él mismo contestaba: porque está en minoría. Los zurdos son minoría, y por eso se los ha discriminado socialmente, de allí que lo siniestro, es decir, lo que está a la izquierda, haya extendido su significado para incluir lo malo, vicioso, aciago; y han sido perseguidos a lo largo de la historia. En cambio, en casi todos los idiomas, derecho o diestro es sinónimo de correcto, justo, recto, hábil.

En el Nuevo Testamento, san Mateo escribe: “Luego el Señor dirá a los de la izquierda: apartaos de mí, malditos, al fuego eterno...”. Y Dios, el día del Juicio Final, dirá a los de su izquierda: “Alejaos de mí, encaminaos al fuego eterno, preparaos para el diablo y sus ángeles malos”. En la tradición del islam, todo lo que proviene de la mano izquierda es impuro, por eso únicamente se debe usar para asear las zonas más “impuras” del cuerpo. Para los hinduistas, la gente debe comer con la mano derecha, porque todas las cosas buenas deben hacerse necesariamente con la mano derecha.

Durante la Edad Media, muchas mujeres terminaron en la hoguera acusadas de prácticas satánicas por el solo hecho de ser zurdas. Y la “Santa” Inquisición hizo una “limpieza de la izquierda”: quemó a varios cientos de zurdos en la hoguera. En un tratado de psiquiatría de 1921, zurdo y demente se consideraban sinónimos. Y hasta mediados del siglo pasado, en las escuelas

se castigaba a los niños cuando intentaban escribir con la mano izquierda, de tal modo que los convertían en diestros a la fuerza.

La homofobia es quizá la más extendida de las fobias, de ahí que los homosexuales hayan vivido escondidos en el closet. Porque son minoría se los ha tildado de pervertidos, degenerados, enfermos. Se propusieron terapias. Una de las más bárbaras consistía en presentarle al sujeto un desnudo de una persona del mismo sexo y simultáneamente aplicarle una descarga eléctrica. En este momento, 78 países criminalizan las relaciones homosexuales, con cadena perpetua en Bangladesh, y pena de muerte en Irán, Mauritania, Arabia Saudita, Sudán y Yemen.

Por fortuna, en los países más civilizados, esos primitivos tiempos empiezan a cambiar: la homosexualidad no es una enfermedad ni una degeneración ni una perversión, sino una compleja variante sexual. Y hay argumentos muy sólidos y diversos para convencernos de que la homosexualidad, así como la transexualidad, la bisexualidad y la heterosexualidad son características del comportamiento en las que la educación y la voluntad del sujeto tienen muy poca participación. Los neurólogos han encontrado que el hipotálamo de los homosexuales, igual que el de las mujeres, es más pequeño que el de los varones heterosexuales. Se sabe, además, que las hormonas prenatales participan activamente en la conformación de las estructuras cerebrales, y estas, más tarde, se manifiestan visiblemente como respuestas emocionales para los dos sexos, encargadas de orientar y facilitar el aprendizaje de las conductas sexuales. Es algo tan complejo, que aún no se conoce la red de instrucciones neuronales que devienen en la condición de homosexualidad. La verdad es que se nace así, independiente de la voluntad del sujeto y de la de sus educadores; es decir, el sujeto no tiene “la culpa” de su condición sexual.

Juan Pablo II repitió una y otra vez que la homosexualidad no se da en la naturaleza, y que conduce a la extinción de la especie. No sabían

el papa y sus asesores que la homosexualidad sí se da con generosidad en la naturaleza. En más de 400 especies de mamíferos y aves se han documentado comportamientos homosexuales. Se han estudiado especialmente estos comportamientos en chimpancés y bonobos, nuestros parientes animales más cercanos. Ahora bien, digámosle en voz muy baja al pontífice que desde el punto de vista evolutivo, el celibato es una desviación sexual, al ser un comportamiento contra natura, pues lleva a la especie humana a la extinción. Además, recordémosle al papa y los suyos que han hecho caso omiso de las palabras del Génesis: “[...] y los bendijo Dios diciéndoles: —Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla”.

Otro argumento contundente es que la homosexualidad aparece muy temprano, y es irreversible. La inclinación aparece antes de que el niño o la niña tengan una idea de lo que significa. Más aún, la experiencia ha demostrado que ni los castigos más refinados han podido cambiar lo que natura diseñó. Al genial lógico y matemático británico Alan Turing lo obligaron a seguir una terapia hormonal, con la cárcel como castigo en caso de negarse. El tratamiento arruinó su salud, de tal modo que se vio obligado a abandonar sus trabajos en criptografía, mientras la policía lo vigilaba como a un criminal. Desesperado, el 7 de junio de 1954, a los 42 años, mordió una manzana envenenada con cianuro de potasio. Una pérdida grande para la humanidad, y una muestra más de la páfida homofobia humana. En consecuencia, es muy importante que los políticos conozcan bien el complejo problema de la sexualidad humana antes de proponer las leyes que la gobiernan.

Pero nada se compara a la intolerancia, agresividad y violencia que despiertan las religiones de los otros, los credos ajenos. En el nombre del “único dios verdadero” se han cometido los crímenes más horripilantes que registra la historia. La Iglesia católica y su “Santa” Inquisición condenaron a muerte a infinidad de “herejes”, pero a una muerte cruel y dolorosa, para lo cual salió a flote la más perversa creatividad humana: tenazas, grilletes, cizallas, cepos, la Dama de Hierro (sarcófago repleto de púas, en cuyo interior se introducía al pobre sujeto), el potro (para

estirarle los miembros al ajusticiado, hasta desmembrarlo, a sangre fría), el collar de púas, la silla de torturas (tachonada de clavos afilados), el vil garrote (para separar las vértebras del cuello). La lista es larga, el sufrimiento inmenso e impensable; y todo en nombre de Dios bondadoso y de la única y verdadera religión: la de ellos.

La historia de las grandes religiones es historia de guerras contra los herejes, torturas y crueldades inenarrables contra todos aquellos que no han marchado en las direcciones señaladas. La religión de compasión y amor por el prójimo ha sido impuesta más de una vez por medio de la espada y el odio. Urbano II hizo la guerra al grito de “¡Dios lo quiere!”. El muy considerado Inocencio IV autorizó, con el fin de hacer confesar a los herejes, “torturas que no pongan en peligro la vida ni los miembros”, porque “así lo quiere Dios” en su infinita bondad. Y el santo padre Inocencio III envió la llamada *Cruzada contra los albigenses*, que arrasó con las poblaciones del sur de Francia donde había prosperado la “herejía”: más de cien mil cátaros, famosos por su ascetismo, por su compromiso con el prójimo y por su renuncia a los bienes terrenales, viajaron prematuramente al cielo.

Los suicidas que participaron el 11 de septiembre de 2001 en el atentado de las Torres Gemelas de Nueva York eran fanáticos religiosos, creyentes hasta niveles que no comprendemos. Fue un valeroso acto de fe para los de su religión, sin duda, pues entregaron su vida de una manera espantosa; sin embargo, la recompensa parece enorme, quizás excesiva, la promesa de que en el paraíso los recibirían 72 vírgenes para cada mártir.

El número de personas muertas a manos de asesinos en serie, ladrones, atracadores y otros criminales es despreciable si se lo compara con el de aquellas torturadas y asesinadas en nombre de la causa sagrada. En otras palabras, la presencia de Dios ha sido un detonante brutal: millones de muertos en su nombre: inquisiciones, cruzadas, guerras santas, exterminio, inmolaciones... Con el libro sagrado en la diestra y la espada en la siniestra. ■